

Un canto al amor, la vida y la superación

INMA CHACÓN

*Los silencios
de Hugo*



Un canto al amor, la vida y la superación.

Noviembre de 1996. Hace doce horas que Olalla ha desaparecido y su ausencia no tiene sentido para nadie. No es propio de ella estar tanto tiempo sin avisar dónde localizarla, y menos ahora, cuando su hermano se debate entre la vida y la muerte, a la espera de un tratamiento experimental que podría salvarle. Todos la buscan, pero nadie logra dar con ella.

Pero ¿cómo ha llegado Hugo a ese hospital y por qué ha desaparecido Olalla?

Con prosa ágil y certera, Inma Chacón teje una historia marcada por los silencios: el de Hugo, que mantiene en secreto su enfermedad durante años, y el de Olalla, aquejada de polio, que procuró siempre no quejarse y ahora no contesta las llamadas de los suyos. El silencio, además, vertebrata todas las relaciones de Hugo con su entorno: con Olalla, a la que siente que tiene que proteger, especialmente de sí mismo; con su amigo Manuel, de quien decide alejarse sin explicación alguna tras vivir con él sus tiempos revolucionarios; y con Helena, amiga de Olalla, de la que huye pese a que están enamorados; y con Josep, el marido de Olalla, con quien esta mantiene un feliz matrimonio hasta que el secreto de Hugo sale a la luz.

La novela es, también, una historia de amor profundo en todas sus vertientes: el de Olalla, que decide poner a su hermano por delante de todo, incluso de sí misma; el de Josep, de quien se apodera un miedo que no puede superar; el de Manuel, un amigo fiel, que habrá ido hasta el fin del mundo con Hugo; y el de Helena, que sin pedir nada acompaña a quien no puede corresponderla.

Los silencios de Hugo es un viaje por el pasado reciente de España, lleno de contrastes y claroscuros, y, sobre todo, un homenaje a la vida y a la capacidad del ser humano de seguir adelante.

*A Paco y a Julia.
Y a todos los suyos.*

PRIMERA PARTE

El silencio del miedo

1

Hace doce horas que Olalla no da señales de vida. No es propio de ella. Ni lógico. Su hermano se encuentra en estado crítico, y la abogada apenas se mueve de la cabecera de su cama desde que lo ingresaron. Su ausencia no tiene sentido para nadie.

Su teléfono móvil continúa encendido. Hasta hace un par de horas respondía la propia Olalla a través del contestador automático, pero el buzón ya no admite más mensajes. En otras circunstancias, podría pensarse que la está reteniendo un asunto importante, pero nunca dejaría pasar tanto tiempo sin ponerse en contacto con el bufete o con su familia, y menos ahora, cuando Hugo se debate entre la vida y la muerte. Salió del hospital a primera hora de la mañana para atender a un interno del Centro Penitenciario de Valdemoro, a pocos kilómetros de Madrid, pero al despedirse aseguró que regresaría antes del mediodía.

El equipo médico de Hugo la había citado a las doce para informarla sobre los resultados del tratamiento, un cóctel de fármacos en fase experimental que quizá le salve la vida. El primer viso de esperanza para Olalla desde hace unos meses, cuando conoció la enfermedad de su hermano. Apenas un rayo de luz en la oscuridad donde lleva viviendo. La salida de un túnel que parecía taponada por piedras enormes, como las galerías de las minas accidentadas, cuando se derrumban las paredes y se impone la tragedia.

No tiene sentido su ausencia, sin una llamada, sin un recado, sin un aviso. No. No lo tiene. Ni sentido ni lógica.

Las alarmas saltaron al no presentarse a la cita. La doctora Del Solar la llamó varias veces al móvil y le dejó un mensaje en el contestador, pero no hubo respuesta.

En ese momento, el aparato continuaba dando cinco tonos de llamada antes de escucharse el mensaje grabado de Olalla, con un acento extremeño, arrastrado y amable, que no ha perdido desde que llegó a Madrid cuando era una niña.

—Lo siento, ahora no puedo atenderle. Pero devuelvo todas las llamadas. Por favor, deje su nombre y su número.

Sus amigos más íntimos también le han dejado decenas de mensajes urgentes a lo largo del día, insistiendo en que se ponga en contacto con ellos o con el hospital, hasta que la voz metálica de una operadora los ha informado de que el buzón de voz no admite más grabaciones, y han empezado a elaborar conjeturas que no convencen a nadie.

Josep, el marido de Olalla, ha denunciado la desaparición en una comisaría situada frente al hospital, pero le han asegurado que no pueden actuar hasta pasadas cuarenta y ocho horas. Lo dice el protocolo de actuación, unas normas no escritas, insensibles y duras, frías, dictadas desde los despachos de los que, probablemente, no han soportado nunca una espera tan larga y tan sin sentido: se trata de una persona mayor de edad que ha podido desaparecer voluntariamente. Hay que esperar.

Son las ocho de la tarde del 29 de noviembre de 1996. Las campanas de la torre de una iglesia colindante al hospital marcan la salida de las visitas. Los pasillos se van quedando vacíos poco a poco, mientras los familiares y amigos de Olalla se reúnen en la sala de espera donde les han permitido quedarse hasta que se aclaren las cosas.

Los últimos visitantes que ocuparon la sala dejaron la televisión encendida, y un fuerte olor a cansancio y a humo que continúa flotando en el ambiente, denso y pesado.

En la habitación de Hugo hay una actividad incesante. Las enfermeras entran y salen a cada minuto. A veces de dos en dos, y otras por separado. La doctora Del Solar ha doblado su guardia para vigilar la evolución del enfermo. Nadie, excepto el personal sanitario, puede entrar a verlo.

Josep se ha sentado en un rincón de la sala de espera, apartado del resto, después de dar vueltas y más vueltas llevándose las manos a la cabeza. Del pasillo al ventanal de la sala, de la sala a la puerta cerrada de la habitación de su cuñado, de la puerta de la habitación al pasillo y al ventanal.

Hace más de dos horas que cayó la noche y dejó en penumbras el jardín delantero del recinto hospitalario, un antiguo cuartel cedido por el Ministerio de Defensa al de Sanidad y Consumo.

Durante el día, el jardín se ve repleto de gente, y ahora, solitario y quieto, como las fotografías antiguas que cuelgan en las paredes de los vestíbulos y las salas de espera, en recuerdo de los usos anteriores del inmueble. Nostalgia en color sepia donde se guarda la historia del complejo militar.

Hace frío en el exterior y se está levantando algo de neblina. Olalla siempre reniega de las noches así. No puede soportar que la humedad se le cuele hasta los huesos y le reavive el dolor de las piernas, sobre todo de la que tiene más corta. No le gusta la niebla, ni el frío, ni la lluvia, ni las tormentas. Los odia, dice que son venganzas de la Naturaleza por el maltrato continuo que está sufriendo.

Por la mañana, sin embargo, lucía un sol radiante, ese sol de noviembre que difumina el cielo contaminado de Madrid, encapotado por el humo de las calefacciones. Hace semanas que no cae una gota de lluvia en la ciudad, pero por las noches se levanta una bruma pegajosa y negruzca que lo empapa todo, mezclada con las partículas de carbón transportadas por el aire.

Josep ha vuelto al ventanal. Observa el jardín y, al fondo, la calle, solitaria y oscura. No para de mirar el reloj. Las manillas avanzan a pesar de que el tiempo se ha quedado en suspenso. Quieto. Impasible. Cruel. Incapaz de ofrecerle la menor muestra de compasión.

La humedad se está cristalizando en capas de hielo sobre los techos de los automóviles, y en la televisión acaban de informar de que seguirán bajando las temperaturas.

Las miradas de la sala de espera se cruzan y se rehúyen al mismo tiempo, en un acto instintivo de impotencia compartida y desolación.

Los pasillos del hospital se han quedado vacíos.

Las salas de espera, también, excepto la que ocupan los familiares de Hugo.

El vaho y la oscuridad impregnan los cristales.

Y el silencio de Olalla retumba en la mente de todos como un mal presentimiento, convertido en un grito largo y ahogado, profundo, un grito de angustia que nadie se atreve a lanzar en voz alta.

Josep no se separa de la ventana. Mira el reloj, lo remira, apoya la frente en el cristal y siente el frío de la calle, el frío húmedo que odia su mujer con todas sus fuerzas.

¡Llama, Olalla, por lo que más quieras, llama! ¡Por favor, Olalla! ¿Dónde te has metido? ¡Llama! ¡Llama!

2

La doctora no ha dejado de entrar y salir de la habitación de Hugo en todo el día. Las enfermeras le han tomado la temperatura y controlado el goteo más veces que nunca. Ellas creen que él no se entera de nada, porque la mayor parte del tiempo está semiinconsciente, pero se equivocan, Hugo oye sus pasos acercándose y alejándose, siente el calor de sus cuerpos, sus movimientos alrededor de la cama y los suspiros que no pueden evitar, sofocados a duras penas por sus mascarillas verdes.

Claro que se entera, y quisiera gritarles: ¿Qué está pasando? ¿Por qué no entra nadie a verme? ¿Dónde está mi hermana?

Conoce al equipo médico desde hace doce años. Cada enfermera tiene un olor diferente, una forma distinta de andar, de ponerse y quitarse los guantes de látex. A veces se intercambian los turnos, pero él sabe a quién le toca cuidarle cada mañana, cada tarde y cada noche.

Doce años ya.

Mientras no dio la cara, Hugo arrastró su virus como su hermana arrastraba la polio que contrajo de niña, ocultando su dolor y su miedo para que no les doliera a los suyos.

Olalla se había infectado en el verano de 1959, en una playa del Algarve donde Hugo se empeñó en celebrar su sexto cumpleaños porque quería conocer el mar. Olalla no había cumplido los cinco años.

Su padre se mostró contrariado con aquel viaje; tenía una plantación de tabaco a las afueras del pueblo y no podía desatenderla por un capricho de su hijo, pero su madre consiguió convencerle y se marcharon los cuatro a pasar un par de días al sur de Portugal, sin saber que acaba-

ba de producirse un brote de polio que se cebaría con el sur de la península ibérica y se extendería por todas partes como una maldición de la Biblia.

El niño apagó sus seis velas en un restaurante frente al Atlántico, donde su hermana se entretuvo jugando con unas niñas que la trataron como a una muñeca. La peinaron, la bañaron en la orilla del mar, la secaron con sus propias toallas y le dieron decenas de besos.

Olalla amaneció con fiebre a la mañana siguiente, igual que les sucedería a las niñas con las que había jugado. Comenzó a quejarse de dolor en las piernas, se le pusieron rígidas y dejó de moverlas.

La parálisis la mantuvo en cama durante trece meses, para someterla después a una intervención detrás de otra y atarla durante años a unos hierros de los que nunca se quejaba, porque no soportaba la compasión ni el llanto de los demás.

Aceptar la compasión es colocarse en un plano inferior al que compadece, debilitarse en la diferencia y asumirla como un mal del que se debería huir. Olalla aprendió desde muy pequeña que tendría que vivir con su enfermedad como con sus ojos negros, su pelo moreno y rizado y su piel cetrina, sin lamerse las heridas y sin que los demás supieran cuándo tenía motivos para hacerlo.

Y cuando le tocó a Hugo ser el enfermo, eligió también el silencio. Se encerró en sí mismo para que nadie tuviera que sufrir por él ni con él, y se alejó de todos.

Aún no sabía que sus padres no tendrían que llorarle, porque ambos morirían antes que él. El cáncer se llevó a doña Aurora sin que apenas pudiera darse cuenta y, once meses más tarde, la pena se llevó detrás al hombre, que no podía vivir sin su mujer.

Unas semanas después del entierro de don Francisco, Olalla descubriría el secreto que había guardado su hermano durante doce años.

La abogada había aceptado la muerte de sus padres sin plantearse que podría rebelarse. Lloró sobre los hombros de Hugo y de Josep hasta que el desgarró se fue convirtiendo en un llanto tranquilo y consiguió asumir la pérdida. Pero aún no había llorado suficiente cuando descubrió que el dolor no siempre empieza con la ausencia del otro, sino con la certeza de que sangrarán las heridas mucho antes de que existan.

La seguridad de que el sufrimiento se acerca puede doler tanto como el propio daño, a veces, incluso más, como le sucedió a ella cuando conoció el secreto de su hermano, porque no le dejó la menor oportunidad a la esperanza.

La sentencia era firme y no cabía apelación alguna.

Si lo hubiera sabido antes...

Si Hugo no se hubiera callado durante tanto tiempo...

Si no le hubiera mentido...

Si hubiera confiado en ella...

Si hubiera...

3

Olalla se educó en un colegio de monjas francesas, donde le inculcaron una aversión por la mentira que condicionó su vida. Ni se miente ni se tapa la verdad. Lo aprendió cuando trató de encubrir a una compañera que fingió estar enferma para saltarse las clases durante tres días seguidos. A Olalla la castigaron a copiar doscientas veces una enseñanza del Evangelio que se le quedó grabada en el cuaderno y en el alma: *La verdad os hará libres. San Juan, capítulo 8, versículo 32.*

Su compañera recibió un castigo parecido, además de una expulsión del colegio de quince días. Y, como colofón, para que sirviera de ejemplo al resto de las alumnas, a la vuelta, la obligaron a escribir en la pizarra, una y otra vez, la segunda frase que se quedaría en la mente de Olalla como una advertencia inquietante: *La mentira perjudica más al que la dice que al que la recibe.*

Aquel día, mientras su amiga se afanaba en la pizarra, a Olalla se le iba llenando la boca de un sabor ácido y amargo que le subía desde el estómago y la obligó a salir corriendo en dirección a los lavabos, entre arcadas y retortijones de tripa.

Aún no había cumplido los diez años. Desde entonces, desarrolló un rechazo casi enfermizo por la mentira, un malestar entre físico y moral que la acompañó durante toda su adolescencia.

Pero se licenció en Derecho y eligió ejercer como abogada penalista. Su profesión le enseñó que la verdad perjudica al culpable y que cualquier reo tiene derecho a mentir para librarse de las acusaciones que pesan sobre él. No es cierto que la verdad nos haga libres, no siempre,

a veces hay que sortearla para que no nos destruya. Olalla lo aprendió hace mucho tiempo. La verdad puede ser una soga alrededor del cuello, un nudo en la garganta que nos impide respirar, una corriente de aire que nos empuja hacia el abismo. Olalla lo sabía. Y sabía que la mentira no siempre necesita las palabras; a veces, el silencio es capaz de mentir, tanto o más.

Ella misma se enfrentó muchas veces al dilema de hablar o guardar silencio, pero ahora era distinto, ahora se trataba de una enfermedad que nadie se atrevía a llamar por su nombre. Tampoco la abogada.

Olalla habría estado dispuesta a dejarse arrastrar al precipicio si no supiera que detrás caerían también sus hijos, contagiados por el estigma del que Hugo quiso protegerlos desde que averiguó que se había infectado. Olalla no quería ver a sus hijos marginados en el colegio, en el parque o en la consulta del pediatra, como esos niños que se convirtieron en noticia de los telediarios hacía algunos años, señalados por la ignorancia, la confusión y el miedo de las madres de sus compañeros.

En la retina de la abogada, permanecían vivas las imágenes de un *Informe semanal* que se emitió a principios del curso escolar 1989-1990, sobre las posibilidades de contagio en los centros educativos, una polémica que agitaba los ánimos de los padres de los alumnos que debían compartir aula con los hijos de los infectados.

El programa mostraba las manifestaciones contra la escolarización de una niña que había nacido con anticuerpos. Las madres de sus compañeros protestaban con la boca tapada con esparadrapo, bajo una pancarta en la que habían dibujado el signo de la muerte –dos tibias sobre una calavera, alarmantes y amenazadoras, negras, como el miedo que transmitían sus mordazas—. Los manifestantes habían colocado cadenas en la verja del colegio para impedir la entrada de los escolares cuyos padres no

apoyaban el boicot contra la niña seropositiva, y habían llenado los muros de la institución de pintadas de rechazo.

Algunas imágenes se habían tomado en las asambleas donde las madres exigían la expulsión de la pequeña, otras enseñaban el aula vacía, y otras se centraban en las declaraciones de la maestra y en las campañas que habían puesto en marcha las instituciones sanitarias para tranquilizar a la población, donde se insistía en que, hasta la fecha, no se había dado un solo caso de contagio en el medio escolar.

La campaña –compuesta por anuncios de radio y televisión, y carteles que sembraron los centros sanitarios y numerosos lugares públicos– se basaba en el lema *Sí da, no da*, que pretendía aclarar las vías de contagio, a través de situaciones de la vida cotidiana protagonizadas por los símbolos del sexo masculino y femenino en forma de simpáticos dibujos animados.

Olalla no podía olvidarse de aquel programa de *Informe semanal*. No podía. Pero, sobre todo, por encima de todo, no podía olvidar cómo se posicionó entonces al lado de la intransigencia. Sus hijos tenían entonces uno y dos años. Nunca habían ido a una guardería, Josep se había negado en rotundo a exponer a sus hijos a los gérmenes que proliferaban en los parvularios y contrató a una chica para que los cuidase mientras ellos trabajaban, pero el mayor cumpliría tres años al comienzo del curso siguiente y tenían previsto matricularlo en Infantil del colegio de su urbanización.

–Yo tampoco llevaría a los niños a ese colegio –comentó Olalla mientras veían *Informe semanal*–. Dicen que no se contagia por la saliva, pero ¿y si tienen una pupa en la boca? ¿Quién es capaz de controlar que un niño sano no chupe un caramelo de uno infectado?

Y tampoco podía olvidar cómo la apoyó Josep con argumentos parecidos a los suyos.